



Revista Colombiana de Filosofía de la  
Ciencia

ISSN: 0124-4620

revistafilosofiaciencia@unbosque.edu.co

Universidad El Bosque

Colombia

Pérez Lora, Oscar Javier

¿Tiene Platón algo qué decir acerca de la economía?

Revista Colombiana de Filosofía de la Ciencia, vol. 13, núm. 27, julio-diciembre, 2013, pp.

177-194

Universidad El Bosque

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=41431644008>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# ¿TIENE PLATÓN ALGO QUÉ DECIR ACERCA DE LA ECONOMÍA?<sup>1, 2</sup>

## PLATO HAVE SOMETHING TO SAY ABOUT THE ECONOMY?

Oscar Javier Pérez Lora<sup>3</sup>

### RESUMEN

A partir del diálogo del *Filebo* de Platón se reflexiona acerca del axioma de las preferencias monótonas, fundamental en la construcción de la teoría del consumidor de la economía moderna. Este axioma asume que “más es mejor”. Pero, desde el punto de vista del diálogo, implica una idea errónea y limitada del placer (utilidad). Se concluye a partir de lo dicho por Platón que el placer, en general, no se trata del mero aumento del número de placeres. Estos deben ser medidos por criterios de razón y conveniencia para alcanzar la felicidad (saciedad). Asimismo, se explora la posible implicación del concepto platónico de placer en la teoría del consumidor y del PIB como medida de bienestar.

**Palabras clave:** economía, placer, consumidor, felicidad.

### ABSTRACT

From the Plato's dialogue *Filebo* reflects on the axiom of “monotonous preferences”, fundamental to building consumer theory of modern economics. This axiom assumes that “more is better”. But from the point of view of dialogue involves an erroneous and limited idea of pleasure (utility). We conclude from Plato that it is not increasing the number of pleasures. The pleasures should be measured by criteria of reason and convenience to achieve happiness (satiety). Furthermore, the possible involvement of the Platonic concept of pleasure is explored in consumer theory and GDP as a measure of welfare.

**Keywords:** economy, pleasure, consumer, welfare, happiness.

1 Recibido: 27 de octubre de 2013. Aceptado: 16 de noviembre de 2013.

2 Esta reflexión es resultado de la investigación realizada en el semillero de discusión “La enfermedad del Gorgias” de la Universidad de La Salle (Bogotá, Colombia). Agradezco en especial los aportes del profesor Germán Bula.

3 Universidad de La Salle. Correo electrónico: ojperezl@gmail.com.

## 1. INTRODUCCIÓN

El bienestar parece ser un tema tan obvio que no necesitaría discusión. Nadie podría poner en duda el deseo de ser feliz y de llevar una vida placentera. Este sería el mayor de los bienes, y los demás bienes girarían alrededor de este<sup>4</sup>. Ahora bien, el problema surge al preguntar qué entendemos por bienestar, felicidad o placer. Y aún más problemático, es definir la manera de alcanzar el mayor de los bienes. Este tema, en apariencia trivial, es una constante en la tradición filosófica desde la Antigüedad. Los grandes sistemas filosóficos intentan responder en última instancia en qué consiste la felicidad y cómo lograrla, o en otras palabras, cómo vivir la vida de la mejor manera. Se quiera o no, se sea filósofo o no, esta es una cuestión transversal a todo el conjunto de las acciones individuales y colectivas, desde la política hasta la ciencia, pasando por la moral, la cultura y la religión.

La economía es una ciencia relativamente joven que tampoco escapa a esta discusión. En la historia económica se reconoce a los fisiócratas como la primera escuela económica en el siglo XVIII. Será Adam Smith, un filósofo moral del mismo siglo, considerado por muchos especialistas el padre de la economía política, quien dé a la economía su carácter independiente como área del saber. Para él, la clave del bienestar social está en el crecimiento económico potenciado por la división del trabajo y la libre competencia<sup>5</sup>.

Dar una definición certera de la economía como disciplina no es fácil. Sin embargo, como lo expuso Samuelson, las opciones pueden sintetizarse de la siguiente manera:

La economía es el estudio de la manera en que los hombres y la sociedad utilizan –haciendo uso o no del dinero– unos recursos productivos “escasos” para obtener distintos bienes y distribuirlos para su consumo presente o futuro entre las diversas personas y grupos que componen la sociedad (Samuelson 5).

Esta definición, ya tradicional, implica que los deseos son ilimitados, mientras que los recursos para satisfacerlos son limitados. El problema económico es entonces obtener la máxima cantidad de bienes y servicios dada la restricción

<sup>4</sup> Podría pensarse en la religión como una excepción a esta regla, pues más allá del placer o el bienestar en esta vida, el máximo de los bienes consiste en la adoración de Dios y en alcanzar la eternidad. Sin embargo, así sea en otra vida, el máximo de los bienes seguiría siendo la felicidad y todas sus acciones en esta vida estarían en función de este objetivo.

<sup>5</sup> Es importante recalcar que Smith fue primero que todo un filósofo moral. Como tal, su preocupación gira en torno a la ética y al bienestar del individuo y de la sociedad. Es en ese sentido que podemos entender *La riqueza de las naciones* (1776) y su postura frente a la economía; esta sirve de medio para alcanzar valores morales, y no como fin en sí mismo.

de recursos. “Las necesidades son de número ilimitado y de distinta intensidad; la cantidad de bienes es limitada” (Pasenti 88).

La economía continúa por estos medios la discusión respecto a la felicidad y cómo lograrla. De esta definición se sigue una serie de implicaciones relacionadas con la política económica y el desarrollo de las relaciones sociales entre individuos y entre naciones. En el contexto de una economía capitalista de lucro individual, la ciencia económica intenta dar respuesta a esta cuestión. Sin desconocer su especialidad, la economía es en esencia un problema ético: cómo vivir la vida de la mejor manera.

La disciplina económica no es homogénea. Por el contrario, proliferan una amplia variedad de teorías económicas, cada una de ellas con unas bases, una metodología y unas discusiones propias. No obstante, en la actualidad predomina la llamada teoría neoclásica u ortodoxa. El corpus de la economía neoclásica moderna se fundamenta sobre una serie de supuestos, a partir de los cuales se deduce todo el edificio teórico de la ciencia. De manera análoga al sistema cartesiano, se parte de ideas simples y evidentes por sí mismas (axiomas) para llegar a conclusiones del comportamiento de la economía real.

Los críticos de la teoría neoclásica argumentan que estos supuestos no son realistas y que, por tanto, no reflejan el comportamiento económico real de las personas y de la sociedad. Los neoclásicos argumentan su proceder metodológico con el concepto de *ceteris paribus* (todo lo demás constante), ya que dichos supuestos tienen la función de simplificar la realidad o de lo contrario sería muy complicado el análisis.

El comportamiento de una variable puede ser explicado con el de otra, bajo el supuesto de que las demás variables que pueden incidir se mantienen constantes.

Un ejemplo lo constituye la ley de la oferta, la cual establece que la cantidad producida del bien  $x$  por unidad de tiempo será mayor cuanto mayor sea el precio, *ceteris paribus*. Como tal, este postulado es un modelo de la oferta real, pues lo simplifica a tal punto que resalta la relación precio-producción sobre la base de que las demás variables que afectan la demanda se mantienen constantes.

Este argumento es válido. No obstante, también exige un análisis más profundo de los supuestos pues es claro que si abstraemos ciertos elementos de la realidad a favor del modelo, no será posible analizar lo que hemos omitido. Siguiendo con nuestro ejemplo, si de la oferta se abstraen factores políticos, sociales o culturales, es válido debatir si el precio como variable es tan determinante como para anular el resto de variables. En determinados momentos lo social o lo político será lo determinante, pero el modelo es incapaz de

entenderlo pues existe en una realidad paralela<sup>6</sup>. La cuestión propuesta es, por tanto, hacer una crítica a los supuestos de partida de la economía actual. ¿Qué es válido abstraer y qué no?

Uno de estos supuestos o axiomas se refiere a las preferencias monótonas del consumidor, el cual establece que los consumidores prefieren más a menos. Es decir, más bienes aumentan la curva de utilidad o bienestar del individuo<sup>7</sup>. Este supuesto formaliza el concepto de que los deseos son ilimitados en contraste al carácter limitado de los recursos. Si bien este axioma pertenece a la microeconomía, es posible identificar su reflejo en la macroeconomía y en el diseño de la política económica moderna.

Así, el PIB<sup>8</sup> per cápita, como indicador de la riqueza de las naciones, se constituye en la medida automática del bienestar material de la sociedad. Si seguimos esta idea, toda la política del Estado debe servir como medio a la consecución de este fin. Las relaciones laborales, ambientales, familiares y personales, de una u otra forma, caen bajo la regencia del crecimiento económico medido por el PIB per cápita.

Las relaciones laborales se *deben* desregularizar en función al crecimiento económico; el objetivo de la política monetaria consiste en mantener al mínimo la inflación, lo cual redundaría en el crecimiento económico. La educación tanto media como superior se reforma con el propósito de producir profesionales más competitivos y eficientes para el sistema productivo. La sociedad en su conjunto se aboca al aumento del PIB per cápita.

Los gobiernos, las instituciones financieras y multilaterales celebran el crecimiento económico como medida de éxito. Asumen que este se traduce en estabilidad política, democracia y progreso. Así, por ejemplo, lo establecen las

6 La respuesta de la economía neoclásica es que nadie cree en estos supuestos simplificadores. “Se suele criticar a la microeconomía por suponer que los humanos son seres egoístas que solo piensan en su propio placer. Pero esta crítica no es relevante: todas las teorías económicas hacen una hipótesis parecida, que las distingue de otras ramas de las ciencias humanas, como la sociología, la antropología o la psicología” (Guerrien and Jallais 7). Estamos de acuerdo, pero ¿por qué se eligen esos supuestos y no otros? ¿Hasta qué puntos son válidos? Son cuestiones que simplemente han sido ignoradas.

7 En la economía moderna se habla de las *preferencias* del consumidor. Pero durante la época victoriana los primeros economistas y filósofos utilitaristas hablaban de *utilidad* como medida numérica de la felicidad de las personas. Sin embargo, no es posible cuantificar la cantidad de utilidad que reporta al consumidor determinado bien, ni tampoco comparar diferentes bienes. Debido a lo anterior, se abandonó el concepto de utilidad como medida de felicidad a favor de las preferencias. Lo único importante en el término de utilidad es la ordenación ordinal de las preferencias. Es decir, una función de utilidad asigna un número a todas las posibles cestas de consumo y da un mayor número a aquellas que se prefieren de las que no (Varian).

8 Producto Interno Bruto. Mide la producción bruta agregada que realiza un país dentro de sus fronteras nacionales durante un periodo definido, generalmente un año. El PIB per cápita es la relación entre el PIB y la cantidad de personas que habitan determinado territorio, por lo que genera un país.

Naciones Unidas en un documento de 1960, que sin duda ha direccionado la política económica en la última parte de siglo pasado y lo que llevamos del presente:

Este es un objetivo fundamental de las Naciones Unidas y el único propósito de los programas de asistencia técnica. Las fábricas, las minas, las plantas generadoras de electricidad, los transportes, etc., son símbolos del desarrollo económico que hace posible esa elevación del nivel de vida. El desarrollo económico debe ser paralelo al mejoramiento de la salud, la difusión de la educación, la creciente producción de alimentos y la promoción del bienestar social y los derechos humanos. Es la parte del programa de desarrollo del mundo que sirve para llevar más dinero a los bolsillos de la gente que más lo necesita. Sin ese aumento en la capacidad de adquisición, los pueblos de los países insuficientemente desarrollados no pueden ser ayudados a alcanzar una vida más plena y satisfactoria (Naciones Unidas 10)

Se formula aquí una correlación uno a uno entre desarrollo económico (mejoramiento del nivel de vida) y capacidad de adquisición de la población. Ahora bien, ¿el nivel de vida, o lo que aquí podemos entender como “felicidad”, guarda tal correlación siempre y a cualquier nivel? ¿Es posible pensar un desarrollo económico que considere un punto límite en el aumento de la producción y del poder adquisitivo? A consideración nuestra, la discusión del axioma de las preferencias monótonas puede arrojar algunas luces, si bien no definitivas, sí que abran el debate.

Con base en la lectura del diálogo platónico del *Filebo*, el presente ensayo ofrece una reflexión acerca del mencionado axioma y de sus implicaciones. Este axioma, desde el punto de vista del diálogo, parte de una idea errónea y limitada del placer (utilidad).

En la primera sección se explica la teoría tradicional del consumidor y el papel que desempeña el axioma de las preferencias monótonas. En la segunda se exponen las ideas centrales del diálogo en relación con los placeres.

No es cuestión de aumentar el número de placeres (bienes); por el contrario, los placeres deben ser medidos por criterios de razón y conveniencia para alcanzar la felicidad (saciedad). En la tercera sección se muestra que el axioma de las preferencias monótonas comete el mismo error que la tesis expuesta por Filebo en el diálogo: *más no es necesariamente mejor*. En la última se esbozan las posibles implicaciones del concepto platónico de placer para el diseño de una nueva teoría del consumidor, así como las consecuencias que pueda tener en los conceptos de PIB y crecimiento económico, los cuales parten, principalmente, de la concepción neoclásica.

## 2. LA TEORÍA DEL CONSUMIDOR Y EL AXIOMA DE LAS PREFERENCIAS MONÓTONAS

Un modelo, como punto de partida del análisis económico, es una representación simplificada de la realidad. Su utilidad radica en suprimir los detalles irrelevantes y representar la esencia de un fenómeno para su estudio. La economía ortodoxa moderna parte de principios establecidos respecto a la conducta humana (individualismo metodológico). En relación con la *teoría del consumidor*, Varian establece que “los consumidores eligen la mejor cesta de bienes que ellos pueden adquirir” dada su restricción presupuestaria (Varian 21).

El problema del consumidor consiste en elegir, dada una restricción presupuestaria, la cesta de bienes que le reporte la máxima utilidad. Según este criterio, el consumidor establece unas preferencias respecto a las diferentes cestas y las ordena según el nivel de satisfacción que cada una de ellas le reporta.

La actual teoría del consumidor estudia estas preferencias, su impacto sobre las decisiones del consumidor y su efecto sobre el funcionamiento de los mercados. Metodológicamente, pretende deducir, a partir de principios, conclusiones válidas sobre la realidad económica. Tales principios acerca de las preferencias del consumidor se conocen como axiomas o supuestos<sup>9</sup>. Para el propósito de este trabajo, es relevante el axioma de las preferencias monótonas, según el cual el consumidor siempre prefiere una cesta con mayor cantidad de bienes respecto a otra con menos bienes, “más es mejor” (Guerrien and Jallais).

Pero la elección de este axioma parece más cercana al gusto que a la ciencia. La razón de las preferencias monótonas consiste en obtener una solución matemática al problema de la elección (tomar la mejor decisión) en función de la recta presupuestaria. Sin este tipo de preferencias, no hay una solución matemática única al problema de la elección, sino muchas soluciones posibles.

---

<sup>9</sup> Sin entrar en detalle, los demás axiomas son los siguientes:

- Preferencias completas: el consumidor es capaz de comparar entre dos o más cestas de bienes y determinar cuál es la mejor.
- Preferencias reflexivas: cualquier cesta es al menos tan buena como ella misma. Este axioma tiene una función más relacionada con la formulación matemática.
- Preferencias transitivas: si la cesta de bienes X es mejor que la cesta de bienes Y, y la cesta de bienes Y es mejor que la cesta de bienes Z, entonces la cesta de bienes X es mejor que la cesta de bienes Z. Este axioma asegura que el consumidor siempre elegirá una (la mejor opción); de lo contrario, nunca podría elegir entre las diferentes opciones.

Nuestro propósito consiste en hallar la cesta del conjunto presupuestario que se encuentra en la curva de indiferencia más alta. Dado que las preferencias son de buen comportamiento, es decir, que se prefiere tener más a menos, podemos centrar la atención únicamente en las cestas de bienes que se encuentran en la recta presupuestaria sin preocuparnos por las que se encuentran *debajo* (Varian 75).

Esto asegura una solución única, pues de lo contrario se podría tener cualquier solución en el presupuesto del consumidor y por *debajo* de este. En resumen, se adecua el problema de estudio en función de las herramientas que se utilizarán y no las herramientas al problema.

Como hemos sugerido en nuestro análisis de la saciedad, el supuesto de “cuanto más, mejor” probablemente sólo se cumpla hasta un determinado punto. Por lo tanto, el supuesto de que las preferencias son monótonas indica que sólo vamos a examinar las situaciones que se encuentran antes de alcanzar ese punto –antes de que haya saciedad alguna– en las que más todavía es mejor. La economía *no sería una disciplina tan interesante* en un mundo en que todas las personas estuvieran saciadas en su consumo de todos y cada uno de los bienes [cursivas propias] (Varian 47).

La economía ortodoxa produce la *apariencia* de una ciencia verdadera, estilizando la superficie en lugar de ocuparse del trasfondo. “Tal teoría no es, pues, según nuestro punto de vista, un instrumento lógico que nos permita comprender la realidad, sino que tiende a desviar la atención de la sustancia del problema económico” (Pasenti 94). Pero no es un problema únicamente de los economistas. En general, lo es de las ciencias sociales y humanas que intentan imitar el proceder de las ciencias naturales, desconociendo las diferencias en el objeto de estudio.

Si se traza una amplia línea de demarcación entre las ciencias naturales y las que no cabe sino llamar innaturales, se reconocerá en el acto que un rasgo característico de las últimas es que quienes a éstas se dedican intentan imitar de la manera más penosa los modos y observancias distintivos –según creen, equivocadísimamente, ¡ay de ellos!– de las ciencias naturales. Entre otros:

- a. Creer que la medición y la numeración son actividades dignas de elogio por sí mismas (el culto, en realidad, de lo que Ernst Gombrich llama *idola quantitatis*) (Medawar 291).

De igual manera, es importante reevaluar el “mito de la unicidad y la elegancia”. Debido a que la economía ha querido imitar la física en su metodología matemática, también ha copiado sus defectos (Mirowski). Podemos pensar en uno de estos defectos como el mito de que “la solución mínima es la más

elegante”<sup>10</sup> (Susskind 134). Se confunde la verdad con lo bello al asumir que la naturaleza y la sociedad pueden ser entendidas con unas pocas ecuaciones (unicidad y elegancia).

Este mito se originó probablemente con Pitágoras y Euclides, quienes creían en una mística armonía matemática del universo. Sin embargo, cuenta Susskind que, en el caso de la física, se descubrieron partículas al por mayor y hacia mediados de los setenta nació el modelo estándar (este modelo ofrece una descripción completa de todos los fenómenos físicos conocidos). Pero la formulación de este modelo carece de unicidad y elegancia, pues está compuesto por unos treinta parámetros arbitrarios. Es una teoría “fea”, pero explica la realidad física. Los economistas, por nuestra parte, quizá debamos afrontar que no existe una armonía preestablecida en el comportamiento de los agentes económicos. Simplificar para el análisis matemático puede ser bello y elegante, pero ello no asegura su verdad.

En la siguiente sección se pretende llevar la discusión de este axioma más allá de una mera conveniencia matemática y estética. Como el desarrollo de cualquier modelo axiomático exige, sus principios deben ser lo suficientemente sólidos para respaldar las respectivas conclusiones. A nuestro entender, el aparato axiomático de la economía neoclásica es débil. Sus conclusiones son parciales y ajenas a la realidad económica.

### 3. El *FILEBO* DE PLATÓN Y EL LÍMITE A LOS DESEOS

En el aspecto ético, la inteligencia sufre hoy una reducción al cálculo instrumental. La labor del consumidor se limita a maximizar el consumo de bienes y servicios, dada una restricción presupuestal. En contraste, la inteligencia que reflexiona sobre el logos, el ser y la verdad ha sido eclipsada en el último siglo. A esta última inteligencia se le considera metafísica, inoficiosa e inútil.

Buena parte de la lectura moderna de Platón va en esa dirección, reduciendo su filosofía a una simple dualidad metafísica. Por un lado, el cuerpo se reduce a una cárcel y el mundo sensible a la fuente de todo error; por otro lado, el alma se identifica con el ser y la fuente del verdadero conocimiento propio del mundo de las ideas. No obstante, en la actualidad se realizan lecturas que

<sup>10</sup> El autor realiza esta reflexión en relación con la física. Sin embargo, y como ya se dijo, la economía neoclásica también ha copiado este mal. Por ello, esta reflexión también compete a los economistas.

matizan esta dualidad<sup>11</sup> y ofrecen nuevas interpretaciones. Nuestra hipótesis es que la reflexión platónica ofrece hoy puntos de vista valiosos para la discusión económica.

La separación platónica entre el orden inteligible y el orden sensible se debe a la necesidad de que las formas no se vean afectadas por el cambio y la multiplicidad del mundo. Ello asegura el logro de un conocimiento estable y verdadero. Sin embargo, esto no implica un rechazo del cuerpo ni tampoco de su goce, siempre que esté medido por la razón. El placer auténtico pasa por establecer cierta medida que es necesario conocer. Dado el amplio rango de posibilidades, debe ser “calculado” y “sopesado” con anterioridad (Bossi).

Hay indicios suficientes para sostener una interpretación matizada que consiste en señalar que Platón tiene presente el conjunto de los componentes propiamente humanos, *y por eso* otorga el gobierno a la inteligencia, cuya autoridad se funda en su capacidad para considerar el bien del individuo *como un todo*, en consonancia con el bien de la ciudad en que se desarrolla. El sabio “escucha” lo que los apetitos tienen para decirle y les hace un lugar. No busca el placer como su fin propio, pero puesto que persigue un cierto orden armonioso del conjunto, el sabio está en mejores condiciones de encontrarlo, en términos de serenidad y estabilidad (Bossi 18).

En la alegoría del carro alado (*Fedro* 246a y ss.), Platón compara el alma con “una fuerza que, como si hubieran nacido juntos, lleva a una yunta alada y a su auriga”. En comparación a los dioses cuyos caballos son de buena casta, los del hombre son de naturaleza mezclada: uno de los caballos es bueno y hermoso, mientras que el otro es todo lo contrario. Por tanto, su manejo resulta duro y difícil para el auriga (razón).

Si bien la alegoría plantea que una parte del alma tiende hacia lo bueno y lo bello, mientras que otra parte hacia lo concupiscible, resalta que son una sola fuerza. Es decir, la yunta y el auriga constituyen una unidad indisoluble. En lugar de un rechazo del cuerpo y de los deseos, hay claramente una aceptación en tanto que *es*. Si bien hace más difícil su manejo, no implica que resulte imposible. Por el contrario, si se logra dirigir adecuadamente (por medio de la sabiduría), es una fuerza de igual valor que el caballo bueno y hermoso.

La preocupación de Platón va más allá de si el cuerpo y los deseos son “malos”. El problema deriva en la tendencia de lo concupiscible hacia lo ilimitado y

11 Sin duda, se encuentran problemas de coherencia interna que pueden inducir una u otra lectura de Platón. Beatriz Bossi analiza los contrastes acerca del hedonismo y el cuerpo entre diferentes diálogos de la obra platónica.

al descontrol, arrastrando al alma misma en contravía de lo bueno y de lo hermoso. En este punto, adquiere relevancia la discusión acerca del límite o de la medida de los deseos. Aunque en apariencia resulta que esta discusión es metafísica y alegórica, nos sirve de base para discutir el hedonismo hipersimplificado de la economía moderna.

Para ese propósito resulta conveniente la discusión realizada en el *Filebo*, un diálogo de madurez en la obra de Platón, debido a que trata el tema del placer con relación a la felicidad y el buen vivir de los hombres. Coincide, sin desconocer sus diferencias, con el fin básico del hedonismo y el utilitarismo económico expresado en la fórmula de Bentham: la máxima felicidad para el mayor número de hombres.

Al inicio del diálogo se plantea la siguiente tesis de Filebo: es bueno para todos los seres vivos el disfrutar, y también el placer y el gozo y todo lo conforme (11b). Este placer no admite límite, en tanto que siempre es bueno: mayor placer siempre será mejor y conveniente. Por “placer” se entiende lo relacionado con el cuerpo y los sentidos, como el alimento, el descanso o el deseo sexual. Esta tesis establece una identidad entre placer y felicidad. Por ello, en términos éticos, el placer es lo “bueno” y es el fin de la conducta humana.

Pero el placer, definido de esta manera, siempre depende de objetos externos. Así, es el alimento que ofrece el placer al cuerpo o es el amado quien satisface el deseo del amante. Sin embargo, ello también implica que la ausencia del objeto externo acarrea dolor. Por tanto, es necesario asegurar que siempre estará disponible. En la sociedad capitalista moderna eso no parecería ser un problema ya que la producción en masa asegura el flujo constante de mercancías.

En términos económicos, el consumidor elegirá la cesta de bienes que le reporte el mayor placer, dada su restricción presupuestaria. Así, si disminuye su restricción presupuestaria (aumento de la capacidad económica), mayor será el consumo de mercancías y mayor el placer y la felicidad: “más es mejor”. Al igual que Filebo, el axioma de las preferencias monótonas establece la identidad placer-felicidad: a mayor consumo, mayor placer-felicidad indefinidamente. Al ser ilimitado, será imposible alcanzar un punto de saciedad.

El utilitarismo del siglo XVIII, filosofía base para el desarrollo de la economía moderna, tiene sus antecedentes más remotos en el hedonismo de Epicuro y en Hobbes. La antropología del utilitarismo resalta la naturaleza racional, egoísta e insaciable del hombre (*homo oeconomicus*). La conducta humana es motivada por el deseo egoísta de placer, identificado con la felicidad. No obstante, el utilitarismo reconoce distintos tipos de placeres, no por intensidad o duración, sino por su naturaleza. De ordinario, se reconoce la superioridad de los placeres intelectuales sobre los goces del cuerpo.

Sin embargo, el tecnicismo de la economía moderna ha quedado rezagado en comparación con la discusión filosófica. Se redujo el utilitarismo a su mínima expresión, comprimiendo la naturaleza humana a una excesiva simplificación<sup>12</sup>. La economía en su deseo de pureza aisló cuestiones que en apariencia pertenecían al terreno de la filosofía o de la política. Junto a Filebo, afirma que el intelecto (o la reflexión filosófica) no tiene ninguna injerencia sobre el placer, pues este es el bien y su único cálculo es maximizar.

Frente a la tesis de Filebo, Sócrates, vocero de las ideas de Platón, antepone la propia. Afirma que no es el placer, sino la prudencia, el intelecto y el recuerdo mejores y más eficaces para lograr una vida feliz. Su tesis rompe la identidad placer-felicidad: el placer no es el bien.

La refutación por parte nuestra es que no son esas cosas, sino que son la prudencia, el intelecto y el recuerdo y las cosas emparentadas con ellas, opinión correcta y razonamientos verdaderos, resultan mejores y más eficaces que el placer para todos cuantos son capaces de participar de ellos, y que son lo más ventajosos de todo para cuantos son y hayan de ser capaces de participar de ellos (11b).

Si seguimos el axioma de las preferencias monótonas, el consumo ininterrumpido de bienes imposibilita la presencia del intelecto y del recuerdo. En todo momento el factor activo es el estímulo al cuerpo y no el alma. No hay duda de que en este estado hipotético el consumidor pierde la capacidad de conciencia del placer y el sentido mismo del consumo.

Sin embargo, Sócrates propone más adelante que vivir de acuerdo a cualquiera de las tesis expuestas carece de sentido. Si solo se vive con relación al placer, sin nada de intelecto, ni siquiera se podrá saber que se está gozando. Pero también carece de sentido vivir solo de acuerdo a la razón y sin placer, sería una vida vacía y aburrida (21d – 21e). Por ello, aventura una tercera tesis que recoge las dos anteriores: la vida mixta. Una vida que merece ser vivida es aquella donde participa tanto el placer como el intelecto.

Pero, ¿cómo determinar la combinación entre los dos? ¿Debe haber un elemento más en relación con el otro? ¿Esta combinación está más cerca del placer o del intelecto? Metodológicamente, el diálogo distingue todo lo exis-

12 Schumpeter introdujo el término *falacia ricardiana* para describir lo que podríamos llamar el “pecado de los economistas”. Antes de David Ricardo, los economistas eran a su vez filósofos y políticos. Pero a partir de su obra y de su influencia se hizo habitual el estudio de la realidad económica por medio de la máxima simplificación. Así, el análisis se limita a la evolución de un par de variables, manteniendo todas las demás constantes. Sin embargo, las conclusiones que de ello se derivan son igualmente restrictivas. Es el tradicional criterio del *ceteris paribus*, más arriba mencionado.

tente en cinco géneros (23b - 27b): lo ilimitado, lo limitado, el mixto entre los dos primeros, la causa de la mezcla de los anteriores y algo para separarlos (este último no se desarrolla en el diálogo).

- a. *Lo ilimitado*: se refiere a lo múltiple, carente de un límite o fin. Su medida avanza constantemente y nunca termina. Se define como todo aquello que llega a ser más o menos, fuerte o suave.
- b. *Lo limitado*: todo lo opuesto. Es lo que admite límite y medida, acepta lo igual y toda relación de proporción.
- c. *Mixto entre los dos primeros*: parte de lo ilimitado y le mezcla lo limitado. Es decir, limita lo ilimitado, impone un número que hace proporcional y concordante a lo ilimitado. Se refiere a la moderación y a la perfección.
- d. *La causa de la mezcla y la generación*: todo lo que llega a ser procede de una causa, siendo a su vez distinta de la generación. Así, el cuarto género es el que produce los tres anteriores.

Todo lo existente en el Universo resulta de la interacción de límite e ilimitado, es decir, lo mixto. La esencia de una vida provechosa es la medida: la virtud como conocimiento se define como la técnica o arte de medir los placeres, los cuales son por naturaleza ilimitados (Bossi). Es decir: limitar lo ilimitado.

El máximo bien no es entonces ni el placer ni el intelecto puro sino la medida, fuente de verdadero placer. El sabio, desde la perspectiva platónica, concibe los placeres como un bien, pero no como el bien. Si se vive de acuerdo a la medida, deriva de tal estado el placer verdadero, no porque se busque en sí, sino porque es resultado de lo que se busca: la sabiduría. El verdadero placer se define entonces como la armonía del conjunto.

Siguiendo la tesis de Sócrates de la vida mezclada, podemos suponer un estado en que el consumidor encuentre un punto de satisfacción en función de la medida. Como se definió en un principio, los deseos son ilimitados y siempre se querrá más. Sin embargo, el intelecto cumple entonces la función de limitar lo ilimitado, y más allá de lo “máximo”, encontrar la armonía del consumo. Es el intelecto el que limita el deseo de consumo y establece la cantidad que reporta la mayor felicidad, ni más ni menos. Se abre la teoría del consumidor a la posibilidad de formular el punto de saciedad, no solo para el individuo, sino para el conjunto de la sociedad.

En este punto, bien podríamos empezar a encontrar diferencias cualitativas entre distintas cestas de consumo. Así, podríamos hallar en un extremo una cesta que contiene solo bienes destinados al placer del cuerpo como comida,

automóviles, casas y demás; frente a otra con bienes más afines al intelecto como libros, viajes, entretenimiento cultural, contemplación y demás. Pero, siguiendo a Sócrates, elegir una de estas cestas carece de sentido pues aquella que será la más provechosa será aquella que combine las dos. La cuestión es determinar la medida en que cada uno de los bienes participa en aquella cesta de consumo. Por ejemplo, sin duda el conjunto de bienes industriales es un bien deseable, pero también lo es el aire limpio al caminar. Por ello, es necesario encontrar la medida.

#### 4. IMPLICACIONES PARA EL DISEÑO DE LA POLÍTICA PÚBLICA

No obstante, y de acuerdo al argumento del diálogo, todos desean el bien, pero solo el sabio es capaz de alcanzarlo porque sabe dónde encontrarlo y cómo hacerlo (Bossi). Por tanto, no es sensato esperar por definición que todos los consumidores logren la medida y el punto de satisfacción. En un medio que les insiste constantemente en que más es mejor, no limitan sus deseos y viven frenéticamente tras *el más*.

Sin embargo, a nivel agregado, o de política pública, es posible repensar estas ideas. Si se continúa por el camino de la economía tradicional, la única posibilidad viable es el crecimiento económico ilimitado. En consecuencia, el Estado, como garante del bien común, debe proveer las condiciones e intervenciones necesarias para asegurar el crecimiento económico como religión secular para el bienestar y felicidad de la sociedad en su conjunto.

Es la “religión secular” en que se ha convertido el crecimiento económico en cuanto fundamento de la motivación individual y de la legitimación política. Estamos frente a un sistema que ha demostrado de manera reiterada su incapacidad para proveer por sí mismo la abundancia y el bienestar social que previera Adam Smith, cuya solución plantea no sólo un problema de fines sino también de medios. En tanto que medios, el Estado ha de cumplir una función de intervención en la acumulación, mientras que los fines tienen que ver con su propia legitimidad, la cual implica recurrir a una concepción del bien común en el manejo económico y en la intermediación de los conflictos (Corredor 42).

Sin embargo, es claro que las promesas del desarrollo no se han cumplido. Son múltiples los conflictos y guerras, la profundización de la pobreza y la destrucción del medio ambiente. Algunos economistas argumentan que el problema es la “falta” de crecimiento económico, y la solución consiste en profundizar las medidas que llevarán a los resultados esperados. Pero asimismo, muchos economistas discuten la necesidad de replantear el tema del crecimiento

económico y sus consecuencias en el bienestar social (Bretón). Si bien reconocen que los bienes y servicios son fundamentales para lograr una vida digna y feliz, también plantean que esto no es un proceso automático, sino que los bienes sirven a ciertas necesidades en determinados contextos. Esto obliga a reflexionar sobre la relación que establecen las personas con los bienes que consumen y sobre su cantidad.

Amartya Sen reconoce dos posturas respecto al crecimiento económico. Una que denomina *sangre, sudor y lágrimas*, donde la sociedad debe realizar sacrificios tendientes a lograr un mayor nivel de crecimiento económico. En primer lugar, se debe garantizar la máxima acumulación de capital, reduciendo en lo posible el consumo presente a favor del consumo futuro. En segundo lugar, se puede aceptar el sacrificio de derechos políticos y civiles como medida a favor del crecimiento económico. El PIB, como medida de la *cantidad* de bienes producidos en la economía, se constituye entonces en la vara que mide el bienestar de una sociedad. Un tema tan complejo como el bienestar y la felicidad se reduce a una única dimensión, evaluado con una única magnitud.

Consideraciones bastante parecidas valen para la manera que algunos economistas tienen de emplear la noción de PIB (“el Dios tribal del mundo occidental”). El PIB como tal podría ser una idea irreprochable, pero hay una tendencia creciente a usar el índice de crecimiento del PIB, positivo o negativo, como una medida de bienestar nacional y casi su talla moral. Semejante uso, ni que decir tiene, es totalmente inadmisible: ¿cómo puede un solo número englobar una evaluación de la confianza de la nación en sí misma, su preocupación efectiva por el bienestar de los ciudadanos, la estabilidad de sus instituciones, la seguridad de sus calles y otras variables no escalares y de las que, por lo tanto, se presume que no son científicas? (Medawar 293)

La segunda postura habla del crecimiento económico como un *proceso amigable*. Esta postura, que ha tomado fuerza en los últimos años, implica “un retorno, si bien parcial, a la concepción de desarrollo económico expuesta particularmente en la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith, de fundamentación claramente aristotélica” (Sen 88).

Enfatiza el crecimiento económico como desarrollo del potencial humano, con un papel preponderante de la educación y el aprendizaje. Es decir, este enfoque resalta al hombre como fin del crecimiento, y no como mero instrumento.

En resumen, el PIB es una medida importante, pero en relación con un conjunto más amplio de medidas, donde deja de ser el fin para convertirse en medio para alcanzarlo. Es decir, más no necesariamente es mejor: puede y no puede ser. En la misma línea, habría que cuestionar los criterios de riqueza y

pobreza, en tanto que alguien con pocas cosas puede ser tan o más feliz que alguien con muchas cosas.

Hay una gran diferencia entre medios y fines. El reconocimiento del papel de las cualidades humanas como motor del crecimiento económico no aclara cuál es la meta del crecimiento. Si en último término, el objetivo fuera propagar la libertad para tener una vida digna, el papel del crecimiento económico consistiría en proporcionar mayores oportunidades para ello y debería integrarse en una comprensión más profunda del proceso de desarrollo (Sen 89).

Es viable repensar el PIB como medida de bienestar de la sociedad. Por una parte, no responde al principal objetivo: la máxima felicidad para el máximo de personas. Pero por otra parte, se convierte en un imperativo, dado que la explotación de recursos y el equilibrio ecológico del planeta están llegando a un límite. Es necesario plantearnos hasta qué punto nuestro consumo es posible y adecuado según el límite mismo que nos impone la naturaleza. Asumir lo contrario es un acto irresponsable.

Sin duda, ya no sería tan fácil definir la política pública por el simple aumento del indicador. Por el contrario, el objetivo es la armonía en la producción más allá de su aumento ilimitado. Y por armonía se entiende la dirección racional de la producción, evitando la producción anárquica, responsable de los desequilibrios económicos y financieros del presente.

La economía tradicional respondería que es el mismo sistema económico el encargado de corregir los desequilibrios en la producción y el consumo. No obstante, tales correcciones son posteriores al mal e involucra el sufrimiento de miles o millones de personas. Para los ministerios de economía y las entidades multilaterales, las correcciones del mercado no son más que variables, pero en la realidad involucran a familias y países enteros.

El contraargumento es que aún si produce ese mal, es el mejor estado posible. En el largo plazo es la mejor decisión, y toda intervención al proceso automático del ajuste solo lograría empeorar las cosas. De nuevo, encontramos de manera implícita el axioma de las preferencias monótonas y la posición de Filebo: el intelecto no debe intervenir. De la misma forma, contraponemos la posición de Sócrates: el máximo bien no es entonces ni el placer ni el intelecto puro sino la medida que representa la mezcla de los dos.

Se abre entonces la vieja discusión de si llevar una economía dirigida o si simplemente se deja al libre juego de los mercados. De acuerdo a lo discutido, habría la necesidad de darle una dirección racional. Sin embargo, tal dirección reconoce la libertad individual y el placer que cada individuo busca.

Siguiendo las implicaciones del diálogo, el Estado por medio de la política pública no puede determinar los deseos de los individuos; por el contrario, los reconoce y les hace un lugar, al tiempo que los limita y busca que armonicen con los del conjunto.

Pero, ¿cómo aplicar este principio? He ahí el arte. No se limita a un simple socialismo y dirección total de la economía; tampoco al libre juego de los mercados. Habría entonces que, de la misma manera que el sabio, encontrar la virtud de la medida. La mejor forma de alcanzarla sería la discusión social acerca de cuál es el nivel de producción, por una parte; y por otra, qué tipo de bienes se deben producir más que otros y por qué. Esto implica una democracia radical que no se limita a lo político sino que incluye también lo económico<sup>13</sup>.

Un primer punto podría ser incentivar ciertos bienes sobre otros. Es decir, incentivar aquellos bienes que sean más afines a la felicidad, no solo individual sino también social. Por ejemplo, durante el 2014 se amplió el área protegida del páramo de Santurbán en el Departamento de Santander en Colombia. Este páramo es poseedor de grandes riquezas naturales, entre ellas el agua y minerales como el oro. Si nos limitamos, *ceteris paribus*, a “llevar más dinero a los bolsillos de la gente que más lo necesita” de seguro *deberíamos* permitir la explotación ilimitada de estos recursos aún en detrimento de los recursos hídricos y la producción alimenticia de la población de esta región. El oro podría comprar muchas cosas, pero en términos de felicidad quizás esta decisión social nos invita a pensar que *más no es necesariamente mejor*.

## 5. CONCLUSIÓN

La teoría económica moderna pretende establecerse como una ciencia sólida, a imagen de las ciencias duras. De esta forma ha intentado fundamentarse en una metodología de carácter axiomático (deducir las conclusiones a partir de principios establecidos). No obstante, los principios o axiomas en todo sistema axiomático deben ser sólidos, pues su solidez asegura la validez de las conclusiones.

Pero ese no es el caso de la economía moderna. Eligió una serie de supuestos a partir de los cuales desarrollar el corpus de la teoría. En lugar de funda-

13 No cabe duda de que lo político implica lo económico y viceversa. Sin embargo, la separación artificial entre estos campos obedece a cuestiones de control económico y político por parte de pequeños grupos de interés. La cuestión es abrir el debate no para que unos pocos elijan, sino para el conjunto de la sociedad, que en términos políticos y económicos será más sabia.

mentarlos, los ha elegido más por conveniencia ideológica y formal. Las conclusiones del análisis económico contienen los defectos de los supuestos de partida. La predicción de los ciclos, así como las soluciones impartidas a las crisis, han dejado muy mal parados a los economistas. No en vano se comenta que ellos tardan un año en formular una teoría y diez años en explicar por qué no funciona.

Este es el caso del axioma de las preferencias monótonas, y cuyo fundamento ha sido discutido en el presente documento. A partir de la lectura del *Filebo* de Platón, se identifica que este supuesto debe ir más allá de las propiedades formales. Por el contrario, este axioma se inscribe en una larga discusión ética acerca de la mejor forma de vivir. La economía, en su afán de “purismo”, ha desestimado cualquier discusión filosófica o política.

Pero las implicaciones de este axioma no se limitan al ámbito del consumidor. Por el contrario, inciden en la concepción de cómo se debe desarrollar la política económica. Fruto de la hipersimplificación del supuesto, se llega a la hipersimplificación de la conclusión: crecimiento ilimitado del PIB es igual a felicidad y bienestar social. No es tan simple, y uno de los propósitos del presente documento es abrir la discusión en torno a esto.

Más allá de un crecimiento sostenido de la producción, la cuestión pasa por lograr su armonía (Maya). Pero definir esta armonía o medida de la producción pasa por el intelecto: es decir, la reflexión filosófica, económica y política acerca de qué y cuánto necesitamos para lograr el bienestar, así como de su armonía con el medio ambiente. Sin duda, no es cuestión de un decálogo, pues ello exige lo que podríamos llamar, en términos platónicos, la sabiduría. En resumen, debemos retornar las decisiones económicas importantes del mercado al intelecto, la discusión social y la decisión colectiva.

## TRABAJOS CITADOS

Bretón, Víctor. *Saturno devora a sus hijos. Miradas críticas sobre el desarrollo y sus promesas*. Barcelona: Icaria editorial, 2010.

Bossi, Beatriz. *Saber gozar. Estudios sobre el placer en Platón*. Madrid: Trotta, 2008.

Corredor, Consuelo. “El problema de la pobreza: una reflexión conceptual”.

Corredor, Consuelo. *Pobreza y desigualdad. reflexiones conceptuales y de medición*. Bogotá: Cinep, 1999. 39-68.

Guérrien, Bernard y Sophie Jallais. *Microeconomía. Una presentación crítica*. Madrid: Maia Ediciones, 2008.

- Maya, Augusto. *La diosa némesis: desarrollo sostenible o cambio cultural*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente, 2009.
- Medawar, Peter. "Ciencia innatural". *Cuadernos de Economía* (2009): 289-306.
- Mirowski, Philip. *More hear than light: economics as social physics, physics as nature's economics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Naciones Unidas. *Qué es el desarrollo económico*. Buenos Aires: Editorial Dédalo, 1960.
- Pasenti, Antonio. *Lecciones de economía política*. Bogotá: Ediciones Ideas, 1977.
- Platón. *Filebo*. Traducción y notas de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 2011.
- Samuelson, Paul. *Curso de economía moderna*. Madrid: Aguilar, 1968.
- Sen, Amatya. "Las teorías del desarrollo a principios del siglo XXI". *Cuadernos de Economía* (1998): 73-100.
- Smith, Adam. *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Barcelona: Ediciones Orbis S.A., 1983.
- Susskind, Leonard. *El paisaje cósmico*. Barcelona: Crítica, 2007.
- Varian, Hal R. *Microeconomía intermedia*. Bogotá: Alfaomega Colombiana S.A., 1999.